

# 1

No hacía mucho que había cumplido los 16 años. Mi padre y yo íbamos a jugar un partido amistoso de fútbol con unos veteranos y, aprovechando que viajábamos solos en el coche, me dijo:

-Óscar, ¿sabes quién es Patricia?

-¿Qué Patricia?

-Eso digo yo, debe ser una chica que está interna en el colegio de las monjas.

-Pues ahora no sé.

-Viene con un grupo de amigas todas las tardes a tomar café al Pub y las he oído hablar de ti. Yo creo que va a las clases de apoyo a las que tú asistes por las tardes.

Mi padre tenía un pub que abrió cuando yo tenía tres años, el «Liverpool», porque era fan de los Beatles. Es ahí donde yo he crecido como persona, con siete años recogía vasos de las mesas, con diez los fregaba a mano y con doce ya servía cubatas como el que más (sólo en fiestas señaladas como Semana Santa y ferias claro).

-¿Una morena con los ojos grandes? ¿Y hablaban de mí? -me puse como un tomate.

Sí, esa chica estaba en una academia de clases de apoyo a la que yo iba por las tardes porque últimamente se me atragantaban algunas asignaturas.

-Ya sé quién es, pero no sabía cómo se llamaba -mentí, conocía su nombre de oírlo cuando le llamaban la atención.

-Sí, esa morena de ojos grandes. Pues ten cuidado con ella -me advirtió mi padre.

-¿Por?

-Porque tú eres muy inocente, aún no te fijas demasiado en las mujeres y son muy vivas. Nos dan vueltas en todo, y se ve que Patricia está más despierta que tú. Sólo te aviso para que estés prevenido por si te dice algo y te apetece ir con ella.

-Anda ya papá... que no creo que ella busque nada conmigo. Además, yo estoy centrado en jugar al fútbol.

Creo que no se quedó del todo tranquilo porque a los pocos días fuimos a Córdoba. Según mi padre, tenía hora en la peluquería. Y es que él, como era de la capital, siempre iba a la misma desde hacía muchos años: «Peluquería Vioque».

Cada vez que íbamos a la capital, mi padre aparcaba el coche en el parking de Galerías Preciados, que era el centro comercial más importante que había en Córdoba, en la esquina de la Avenida del Gran Capitán con el Boulevard, y donde desayunábamos esas tostadas en la última planta que tenían dos dedos de gordas... Primero las untaban de mantequilla por ambos lados y luego las dejaban caer sobre una plancha de acero. ¡Cómo olía a desayuno! Una vez servidas bien doraditas y crujientes, volvía a untarlas en mantequilla y después con mermelada de melocotón, acompañadas de un vaso de leche con Nescafé descafeinado. Yo nunca fui de Cola-Cao.

Tras acabar el desayuno, mi padre, mi madre y yo bajamos a la zona comercial y siguiéndolos me encontré ante una estantería kilométrica, como las de ahora de los Tampax y compresas, pero de preservativos de todas las marcas, formas y colores. ¡Nunca habría imaginado la cantidad de variedades que hay!

Mi padre se asignó el ala derecha, mi madre la izquierda y yo me quedé en el centro con la boca abierta escuchando los comentarios que se hacían el uno al otro. Me da a mí que tampoco ellos estaban muy puestos en esas materias.

-Niño, ¿has visto estos con sabores? Podríamos probarlos algún día.

-Sí, y los de colores. A ver si los encuentras con lunares y los usamos para la feria -se rio.

-¡Madre mía! Si es que hay tantos que no sabe una cuál elegir.

Finalmente, y tras mucho pensar se decantaron por una caja negra con las letras en dorado de doce unidades y con estrías.

-Cariño, mejor que vayas preparado por si acaso. Que por lo que tu padre ha escuchado hablar a esas chicas parece que pronto te van a hacer falta.

-Vale mamá -es lo que acerté a decir mientras pagábamos y la cajera me miraba con cara de sorna. Después fuimos a que mi padre se cortara el pelo.

Al día siguiente, cuando fui a las clases de apoyo, me temblaban las piernas y ¡cómo aproveché el tiempo! No me atreví a levantar la mirada del libro.

Patricia era una chica con mucha seguridad, atractiva, morena y se teñía el pelo de negro azabache. Ojos muy oscuros, buen cuerpo y sonrisa contagiosa. Tendría un año más que yo, pero se notaba que estaba mucho más puesta en las relaciones sociales, pues siempre se encontraba rodeada de chicos y chicas que le reían todas las bromas. Quizá por eso se fijara en mí, porque yo pasaba de ella, más por vergüenza que por otra cosa, también es verdad.

Es cierto que me sentía atraído por ella, era una sensación extraña de atracción y miedo por no saber cómo me tendría que comportar con ella. Un día finalmente, se acercó a mí.

-Hola, perdona. ¿Me dejas la calculadora científica?

-Hola, ¿qué? ¿Cómo?

-Ja, ja, ja... -se rio al ver cómo me encendía y mi cara cambiaba de color -La calculadora, que si me la puedes dejar un momento.

-Ah, claro -era el tonto de los monosílabos, pero la chica atractiva con la que ya había tenido algunos sueños húmedos por culpa de mi padre y que yo sabía que hablaba de mí, me estaba sonriendo y hablaba conmigo.

-Gracias -cogió la calculadora y dándose la vuelta con aires de bailarina y haciendo que su falda plisada de cuadros se levantara lo suficiente para que mis ojos casi se salieran de las órbitas, se fue riéndose hacia el grupo de amigas que la esperaban muertas de la risa.

-Tu nombre es Óscar, ¿verdad? -dijo cuando me devolvió la calculadora.

-Sí -acerté a decir.

-Mi nombre es Patricia.

-Ya lo sabía, Don Guillermo no para de llamarte la atención -sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

-Oye, mis amigas y yo solemos ir a un pub que hay en el centro a tomar café todos los días antes de venir aquí, ¿te gustaría apuntarte algún día?

-Por supuesto, si te apetece y no os molesto, me encantaría ir contigo, digo... con vosotras.

Volvió a reírse. A ella se la veía tan segura dominando completamente aquella situación, y yo estaba tan asustado.

-¿Cómo es que vienes a clases de apoyo? -me preguntó.

-Bueno, digamos que me he relajado un poco con algunas asignaturas. ¿Y tú?

-Mi padre prefiere que esté aquí metida bajo la mirada de Don Guillermo hasta que sea la hora de ir al internado.

-¿Duermes en la residencia que tienen las monjas en el pueblo?

-Sí. Soy de Peñarroya-Pueblonuevo, paso aquí la semana y el finde me voy para allá.

-¿De Peñarroya? ¡Qué casualidad! Estoy bautizado en la iglesia de Santa Bárbara, la que hay en la plaza del parque.

Nací en Córdoba, en el Hospital Reina Sofía, porque en Peñarroya-Pueblonuevo no había maternidad. A los pocos días nos desplazamos a nuestra casa en Peñarroya, aunque los que más la disfrutábamos éramos mi madre y yo. Por desgracia, mi padre salía a vender café el domingo y volvía el viernes. «Café Mis Nietos» se llamaba la empresa para la que trabajaba y a la que dedicaba todo su tiempo. Siempre tirado en la carretera, y en aquellas carreteras que por entonces, en los años 70 y por el Valle de los Pedroches, no eran una maravilla y menos para una furgoneta Mercedes desvencijada y cargada de kilos y kilos de café.

-Será el destino que quiere unirnos -y se echó a reír.

Tragué saliva y le dije:

-Será eso, las cosas siempre pasan por algo.

Me contó que su padre era directivo de una gran empresa, y que ella desde pequeña siempre estaba en residencias. Yo le conté que a los tres años nos vinimos al pueblo de mi madre y que realmente no conocía el suyo.

-Cuando quieras te lo enseño. Soy buena guía turística.

-No lo dudo. El día que vaya a jugar con el equipo de fútbol allí te aviso -esta tía estaba siendo muy directa y yo no era capaz de saber cómo comportarme. Menos mal que llegó la hora de irse. Salvado por la campana-. Bueno mañana nos vemos para el café.

-Hasta mañana Óscar.

Menuda noche pasé imaginándome cómo iba a ser ese «momento café» con Patricia y sus amigas y, sobre todo, delante de mi padre, porque claro no podían quedar en otro lado, tenía que ser en el Pub de mi progenitor.

Imaginé que cuando yo entraba, ellas ya estaban allí. Patricia venía hacia mí y me besaba los labios antes de decirme hola y presentarme a sus amigas. Tras las presentaciones y risas pertinentes, Patricia me cogía de la mano y me sacaba del Pub despidiéndose con una gran sonrisa mientras ellas le decían que lo pasara bien.

Yo salía como un autómatas y con las piernas temblorosas, el corazón a mil y notando la mirada de mi padre, que también sonreía, en el cogote. De repente nos encontrábamos en una habitación no sé de qué casa (es lo que tienen los sueños, que cuando necesitas algo aparece sin saber de dónde). Sólo sé que Patricia se lanzaba hacia mí, y me besaba en los labios. Sus labios eran carnosos, tiernos y... ¿sabían a tabaco? Joder claro, en eso no había pensado antes. A mí no me gustaba fumar y esta tía fumaba como un carretero.

Seguí imaginando cómo me besaba, yo obviamente me dejaba hacer. Me sentía un pardillo que no quería cagarla y menos en ese momento. Me sentaba sobre un sofá y ella levantándose la falda plisada se montaba sobre mí, se desabrochaba los botones de la camisa blanca del uniforme uno a uno lentamente, dejando ver poco a poco el encaje de su sujetador y las puntillitas que lo adornaban por encima que eran como los tapetes que hacía mi abuela para cubrir el mueble de la entrada, pero no sé por qué aquí quedaban mucho mejor.

A mí me iba a dar algo, no sabía si me desmayaría allí mismo, porque estaba claro que sangre a mi cabeza no llegaba, se había ido al centro de mi cuerpo y latía con fuerza. Ella sonreía al notar mi erección y seguía con su juego lentamente hasta abrir por completo toda la blusa y mostrarme sus pechos prisioneros tras ese sujetador negro con encaje

y las dichas puntillitas. Ahora ya no podía quitarme de la cabeza a mi abuela haciendo tapetes.

Llevó mis manos hacia ella para que pudiera tocarla, me sentía como una auténtica marioneta, no era capaz de moverme por mí mismo, claro, la sangre me seguía regando otro sitio y no subía de mi ombligo. Quería tomar mi propia iniciativa para que viera que era capaz de empezar a llevar las riendas e intentaba soltarle el sujetador. «Pero bueno, ¿quién inventó el cierre de los sujetadores? Vamos que soy nuevo en esto por Dios, no me lo pongas más difícil.» Cuando por fin conseguí mi objetivo, veo cómo se abre una puerta, se enciende una luz de golpe y oigo a mi madre diciendo:

-Óscar, cariño. Te traigo los preservativos que se te habían olvidado en casa.

-¿Cómo?

Y vuelvo a oír: -Cariño, despierta ya que vas a llegar tarde al instituto.

¡Venga yaaaa! Ahora que estaba en lo mejor. Y la prueba la tenía bajo las sábanas. Aquello parecía el mástil de un velero.

Como pude me levanté y fui al baño, ahora tocaba mear con esa erección, iba a parecer el angelito de la fuente del parque, sólo que yo me iba a pegar en la frente con el chorro. Vaya tela, la que me había liado mi madre, ¡qué oportuna!

## 2

Llegué al instituto con mi nueva scooter tipo Vespa color lila de 49 c.c., regalo sorpresa de mi cumpleaños. Sí, lila, ¡menuda sorpresa! Y todo porque hacía tiempo que les había pedido a mis padres que me compraran una moto y cierto día al pasar con el coche por delante del escaparate de un concesionario, mi madre vio este scooter y le encantó.

-Chico, ¿te gusta esa moto?

La miré y la verdad es que ni me acordaba de la conversación de la moto.

-Sí, está guay -le habría dicho lo mismo si hubiera sido verde pista-cho. El semáforo se abrió y mi padre arrancó.

Dos fines de semana después yo tenía partido de fútbol en un pueblo cercano así que no estuve por casa en toda la mañana. Al llegar para la hora de comer me extrañó ver a mi primo en la puerta de casa sonriendo.

-¿Qué haces aquí primo? ¿Comes con nosotros?

-No, yo ya he comido -y no dejaba de sonreír.

Vivíamos por aquel entonces en un piso de alquiler de una sola altura. Entré al portal y comencé a subir la escalera. Mi primo iba corriendo detrás, no entendía nada. Entré en casa y me encontré a mi abuela, a mi padre, a mi hermana y a mi madre con cara de, ¡sorpre-saaaa...! Y yo sin saber aún qué pasaba.

-¿Qué tal se te ha dado? -rompió el hielo mi padre.

-Bien, hemos ganado 2-0, pero podíamos haber metido alguno más, David ha...

-Óscaaaaaaaaar... ¿no has visto el paquete que hay al subir la escalera? -gritó mi hermana nerviosita perdía.

-¿Qué paquete?

-A la subida de la escalera te han dejado algo por tu cumpleaños.

-Pues mira que tiene que ser chico porque no me he dado ni cuenta.

Cuando llegué al rellano de la escalera seguido por todos, en el hueco que quedaba entre ésta y la pared donde se encontraban los contadores de la luz, había una moto tipo Vespa color lila igualita a la que había visto en el escaparate quince días antes. Si lo sé le digo a mi madre que me gustaba otra, ¡cómo me iba a imaginar que me la iban a comprar!

Claro, no era cosa de decir ahora que esa moto con ese color, me iba a dar mucho juego en la pandilla. Así que me sorprendí por partida doble y mis padres encantados. Para colmo mi madre me preguntó:

-Era esa la moto que querías, ¿no?

-Sí mamá, muchas gracias. No me lo esperaba. Mira si no me lo esperaba que he pasado justo por delante para subir las escaleras y ni me había dado cuenta.

-Si es que eres muy despistado, igualito que tu padre.

-Papá, ¿puedo darme una vuelta?

-Es hora de comer y además tienes que sacarte el carnet primero.

-Vale, vale, pero ¿puedo darme una vuelta a la manzana? Para que el primo la vea también.

-Venga tito que no pasa nada -animó mi primo.

-Bueno, una vuelta y ya está. Y el lunes te vas a sacar el carnet y un seguro.

En aquella época, para conseguir el carnet de ese tipo de motos, no había que examinarse. Te lo daban en el mismo día tras un test psicotécnico.

-Sube primo que voy a ser el más lila del pueblo, pero tengo moto. Ja, ja, ja...

A las ocho de la mañana aparcaba mi moto en el patio del instituto y me enfilaba a clase de Física y Química. Menos mal que para mí no era una clase aburrida y ésta pasaría rápido. Me costó más Filosofía, mi mente divagaba en los mundos de Patricia más que en los de Platón.

A media mañana llegó la hora del recreo y con ella la partidita de cartas en el bar que había justo frente al instituto. Jugábamos por pare-



jas y cuando perdías salías y entraba otra. Nos echaron a la primera, mi cabeza no estaba donde tenía que estar.

-Tú, Cantinflas ¿se puede saber qué te pasa hoy?

-Nada Jesús que no me concentro. Que he quedado esta tarde para tomar un café con un pivón y estoy que me va a dar algo.

-¡No me jodas! Cuenta, cuenta... ¿Y quién es? ¿La conozco?

-Es una chica del colegio de las monjas. Está interna allí y viene a la academia de clases de apoyo por las tardes.

¡Está pa verla, macho! Una morenaza tremenda, con unos grandes ojos negros, y muy simpática. De hecho, se acercó y me dijo que si quería ir a tomar café con ella y sus amigas.

-¿Y qué le dijiste? Que tienes un colega muy guapo y muy simpático ¿no? -se rio.

-Estaba yo para acordarme de ti. Me temblaban hasta las rótulas.

-Ja, ja, ja... ¿Y vas esta tarde?

-Sí, pero ¿a qué no sabes dónde quedan? No tenían otro sitio mejor.

-¿En El Liverpool? Venga yaaaa... ¿Con tu padre?

-Ya te digo, con mi viejo. Hombre con él no tengo problema, sólo que luego me dirá cómo mejorar mi técnica de ligoteo -y nos echamos a reír.

Cuando a las dos terminamos las clases y fui a por mi moto, Jesús vino corriendo y dándome una colleja por detrás gritó:

-Suerte máquina, ya me contarás mañana -y se fue riendo.

Casi no comí y mira que me gusta un potaje de garbanzos con su chorizo y su morcilla. Me quedé sólo en un plato, lo habitual eran dos y con pan.

Mi padre se ofreció con guasa a llevarme para el Pub, decía que le pillaba de camino.

Iba a ser mi primera cita y en mi casa había cachondeito hasta para mi abuela:

-Óscar, si quieres la invitas a comer otro día y hago unas croqueticas de cocido.

-Gracias abuela, ya me apaño yo, pero de todas formas hazme las croquetas para mí -le dije sonriendo.

Me cambié de ropa. Unos vaqueros azules gastados, una camiseta

roja y zapatillas de deporte. Me arreglé como pude los remolinos y salí pitando. Cuando pasé por la puerta de la cocina oí a mi madre:

-Óscar, ¿llevas los condones? -dijo mientras se partía de la risa.

¿Tenía que llevarlos? Si sólo iba a tomar un café. Es la primera vez que iba a salir con ella. No creo que fueran necesarios. Resoplé por el comentario de mi madre y salí de casa.

Llegué a la puerta del Pub, aparqué la moto y me bajé frotándome las manos en la parte trasera de los pantalones para secar el sudor. Era incontrolable, me sudaba hasta la goma del calzoncillo. Tomé aire y saludando a los cuatro dioses del rock inglés, que estaban inmortalizados justo a la entrada, y encomendándome a ellos, entré con paso decidido.

Estaban en una mesa a la izquierda, justo enfrente de la barra, para que mi padre nos viera mejor. Me acerqué a ellas, Patricia se levantó y me dio dos besos, el segundo demasiado cerca de la comisura de los labios y me presentó a las amigas, que no paraban de sonreír. Lucía, Mamen y Sofía.

-Hola chicas -Nos dimos dos besos.

-Ya era hora de que te conociéramos fuera de la academia. Allí hablas poco -se adelantó a hablar Lucía.

-Bueno, me centro en lo mío. Además, es mi primer año y no conozco a nadie.

-Ahora ya nos conoces a nosotras y también a Patricia.

-Sus cafés señoritas -llegó mi padre para servir las.

-Hola papá.

-Hola chico, ¿quieres un cafelito?

-No, mejor a mí un vaso de leche solo sin azúcar ni nada en vaso de tubo.

Cuando me giré hacia Patricia su cara era un poema al igual que la de Lucía, Mamen y Sofía.

-¿Es tu padre? -preguntó Patricia con los ojos como platos.

-Sí, desde que nací, además -sonreí, porque en ese momento, me sentía yo más seguro al verlas que se miraban las unas a las otras sin saber muy bien qué decir.

Y era normal, en ese preciso instante se dieron cuenta de que yo sabría todas las conversaciones que habían tenido sobre mí.

-Hala Patri, ahí viene tu suegro -acertó a decir Mamen. Y se echaron a reír todas menos Patricia.

-Al menos ahora algún cafelito nos saldrá gratis -reía Sofía.

-Toma, un vaso de leche fría.

-Gracias, papá.

Patricia no reía tanto. Y yo, ya no me sentía tan seguro escuchando los comentarios de las chicas y viendo que Patricia no aceptaba bien los comentarios.

-Chicas, yo me voy a la academia.

-Pero si aún falta media hora.

-Me da igual Mamen, voy dando un paseo y me fumo un cigarro.

-Patricia no hace falta que te vayas, y si quieres te acompaño yo -estaba viendo que la posibilidad de saber si tenía puntillitas el sujetador negro, se me iba a escapar.

-Chicas me voy -dijo levantándose.

-Espera que vamos contigo -respondieron casi al unísono. Me miraron con cara de: lo sentimos. Y fueron hacia la barra a pagar los cafés.

Miré a mi padre y con un gesto le indiqué que las invitara.

Se giraron cuando salían hacia la puerta y me dieron las gracias.

Ahí iba el sueño erótico de mi primera vez. Entendí que ésta, tendría que esperar.

-¿Qué ha pasado chico?

-Nada, que no sabía que yo era el hijo del camarero que las escuchaba hablar de mí y no le ha sentado muy bien que encima sus amigas le vacilaran.

«Creo que hoy me voy a saltar la academia». Esto lo pensé, obviamente no se lo dije a mi padre.